



PARTE DE LA HISTORIA

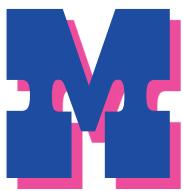


© 2025 Pfizer, S.L.U. Todos los derechos reservados.

Este nuevo capítulo constituye una creación independiente de Pfizer, S.L.U.
y está inspirado en los personajes creados por Sir Arthur Conan Doyle



La aventura del silbido imaginario



e senté frente a Holmes, como había hecho muchas veces antes. Pero, a pesar de todas nuestras aventuras con el crimen, incluidas nuestras últimas esca- padas en Forest Row, nunca había sentido tal peso en el estómago como ahora, ante la noticia que de- bía darle.

Había notado algunos síntomas preocupantes, y lo ha- bía convencido, con cierta dificultad, para que me per- mitiera proceder como su médico y diagnosticarle.

Tomé aire, pero él me interrumpió.

– Tengo cáncer – dijo sin rodeos. Asentí despacio.

Holmes se quedó inmóvil. Eso no tenía nada de extraordinario. Lo había visto quedarse quieto, sumido en sus pensamientos durante horas, mientras resol- vía un caso en su extraordinaria mente. O sentarse durante horas sin mover un músculo, en una oscuridad total, mientras esperaba que un delincuente se delatara.

Pero esta inmovilidad era diferente, y delataba a un hombre acostumbrado al control cuyo mundo se tambaleaba y que se mantenía en pie mediante un esfuerzo extraordinario.

Nos sentamos allí en silencio, no sé por cuanto tiempo. Por fin, él me preguntó si había oído un silbido cuando entré. Perplejo, le dije que no.

– Quizás – conjeturó Holmes –, como es usted una criatura emocional, y di- gamos que no precisamente la más observadora de las que conozco, se dis- trajo con la noticia que venía a darme y no reparó en ello.

Esta no era la conversación que había planeado, y me quedé sin palabras.

– ¿Sería tan amable de fijarse cuando se vaya, Watson?

Me di por aludido y me levanté. Quizás necesitaba tiempo para que la noticia calara a su ritmo.

– Recuerde, Watson, mantenga la discreción – me molestó que insinuara que no lo haría –. Esto podría suponer un gran acontecimiento para el mundo criminal – explicó Holmes –. No deben enterarse.

Eso era cierto, y me alegró que su actitud confiada no hubiera disminuido. Sin embargo, me preocupaba que no procesara bien la noticia, sino que se enfo- cara en el trabajo como una distracción.

- Por supuesto, no diré una palabra – le aseguré –. Pero, Holmes, su trabajo no es la prioridad ahora.

No respondió, así que me retiré a dar un paseo, y me prometí que continuáramos la conversación por la mañana. Mientras caminaba por la calle, escuché una melodía melancólica que provenía de lo alto. Las exquisitas notas de su violín me hablaron de su tormento interior de una manera que las palabras no habían hecho.

Unos días después, la señora Hudson nos preparaba la comida y yo leía un artículo de investigación en mi escritorio cuando escuché cómo deambulaba con intención a mi alrededor. Miró a su alrededor de manera furtiva y se sentó. Abandoné mi lectura para ver qué pasaba.

- Sé que husmear está mal, doctor, pero solo quiero ayudar – dijo, atropellada y confusa –. No puedo creérmelo. Se le ve tan bien...
- ¿Qué es lo que no se puede creer? – respondí con cautela.
- El cáncer. Encontré algunos papeles en su habitación. Estaba buscando por todas partes un chaleco que había perdido y...

Reduje mi voz a casi un susurro y le insté a hacer lo mismo.

- Señora Hudson, tiene suerte de que sea usted quien le cuide. Y estoy seguro de que él mismo se lo contará a su debido tiempo
- No sabría qué decir si lo hiciera – respondió ella.

Justo entonces, escuchamos cómo Holmes bajaba las escaleras. De inmediato, cambiamos el tema y nos centramos en las recientes inclemencias meteorológicas. Holmes entró en la habitación, se sentó y se dirigió a la señora Hudson.

- Veo que ha descubierto mi situación – afirmó, sin darle mayor importancia. Lo miramos boquiabiertos.
- ¡No puede ser que se sorprendan por esta deducción! Pero al parecer, es lo que ha ocurrido. Señora Hudson, quedan lágrimas en su cara y cuello. Ha cocinado mi comida preferida, pese a que no hay ninguna razón lógica para ello. Y durante los últimos dos días me ha permitido una tolerancia sin precedentes en la casa. Incluso usé mi abrecartas y clavé con él mis notas sobre la bacteria *E. coli* en su despensa, solo para probar mi teoría. No me reprendió y ni siquiera las quitó.

La señora Hudson se levantó y, para sorpresa de todos, lo abrazó. Nunca había visto a Holmes tan incómodo. Finalmente lo soltó, y, enjugándose los ojos,

sirvió el resto de nuestra comida. Mientras tanto, Holmes se dirigió de nuevo a nosotros.

– No necesito ningún trato especial, ni perderé el tiempo en lamentaciones sobre mi condición. Si quisiera aburrirme con las ciencias médicas me habría hecho doctor.

Bajo su despreocupación, detecté fuertes emociones. Sin embargo, sabíamos que era mejor no discutir. Asentimos y comenzamos a comer.

– Mucho más urgente es este ruido que parece un silbido. ¿Lo escuchó la otra noche, Watson?

Capté la mirada de la señora Hudson. Pensábamos lo mismo: esa era la forma en la que su mente se evadía de la realidad.

– Debo reconocer que no escuché nada –le seguí el juego.

– ¿Y usted, señora Hudson?

Ella sacudió la cabeza, sin apartar sus ojos de los míos. Holmes nos observó nuestras miradas. Exasperado, estaba a punto de regañarnos cuando sonó el timbre.

– Espero que esto sí lo hayan oído –comentó, con amargura.

Era un joven médico, amigo mío, con cierta experiencia en el tratamiento del cáncer. Le había pedido que viniera a aconsejar a Holmes. También servía como enlace entre quienes se enfrentaban a un diagnóstico de cáncer, con la esperanza de que aprendieran unos de otros.

Sin embargo, Holmes se limitó a asentir con la cabeza, y a la primera oportunidad que tuvo le preguntó si había oído un silbido. Avergonzado, agradecí a mi colega el favor y lo acompañé a la salida, mientras me dirigía a mis propias visitas.

Cuando regresé esa noche encontré a Holmes en un estado de excitación; había revuelto todo el apartamento y murmuraba algo sobre el silbido y una ‘amenaza’.

– ¡Ah, Watson! – exclamó –. Necesito descansar. ¿Sería tan amable de continuar con mi búsqueda?

Le hice caso; habría accedido a cualquier cosa bajo las circunstancias actuales y él lo sabía. Se recostó en el sofá, mientras yo seguía sus órdenes, enfrascado en una búsqueda inútil, pero al menos complacido porque descansara un rato.

Sacaba yo la mano por la ventana para introducirla en una vieja cañería de desagüe cuando Holmes se puso en pie de un salto.

– Watson, ¡cómo he sido tan ciego! ¡Este diagnóstico me ha distraído! Detenga la búsqueda. No encontrará nada.

Intenté que se explicara, pero se mostró ausente y distraído, de manera que me levanté y me retiré a mi habitación.

Al día siguiente salí a caminar temprano. Holmes todavía dormía, como de costumbre. Compré el periódico de la mañana habitual, pero mientras entraía por la puerta principal pensé que sería mejor esconderlo para que Holmes no se excitara. Lo inserté de cualquier manera entre los paraguas y subí las escaleras.

Holmes ya estaba despierto y paseaba por su habitación. Se volvió para saludarme y exclamó:

– Mi querido Watson, ¿por qué ha dejado el periódico en el paraguero?

Mi sorpresa por sus presuntos poderes psíquicos hubiera provocado, por lo habitual, una sonrisa de satisfacción. Pero hoy me guió a través de sus deducciones con indiferencia, se mostró acostumbrado a mis hábitos, indicó la mancha en mi dedo derecho, y que cualquier tonto deduciría que el lugar más obvio para esconder a toda prisa un periódico era el paraguero junto a la puerta.

Bajé las escaleras, avergonzado, y le traje el periódico, como un perro al que acabara de regañar.

Y, de hecho, eran los perros el tema de fascinación de Holmes esa mañana. Me preocupaba que los titulares lo alejaran aún más del tema de su salud. Sin embargo, pasó con energía las páginas hasta un pequeño artículo sobre un niño agredido por un perro local.

– ¿Atacaría un spaniel a un niño, Watson?

Ni Holmes ni yo habíamos estado muy interesados en las mascotas, y el asalto de un perro parecía un asunto nimio para su poderosa mente. Pero dije que, en mi experiencia clínica, nunca había tratado lesiones de esa raza en particular.

Me quedé aún más perplejo cuando anotó el número de la tienda de mascotas más cercana y me pregunté si se planteaba hacerse con un nuevo compañero. De hecho, le vendría bien cuidar de un perro durante este tiempo. Reflexioné en voz alta sobre esta idea.

Holmes me miró sorprendido; luego soltó una risa, la primera señal de humor que mostraba desde que recibió su diagnóstico. Cuando le pregunté qué era tan divertido dijo:

- Todo se revelará a su debido tiempo, querido Watson, todo a su debido tiempo.
- Muy bien, pero asegúrese de estar listo para una visita al hospital el jueves
- le regañé –. Le acompañaré yo mismo.

La tarde de la visita era gris, fría y brumosa, lo que se sumaba a la tarea desalentadora que nos aguardaba. Regresé de mi consulta para recoger a mi reacio paciente. Mientras caminaba por el pasillo, me sorprendió encontrar a un niñito que golpeaba sus piernas regordetas contra la pared, sentado con un cuaderno. Estaba absorto en la escritura y apenas reparó en mí.

- Señora Hudson –pregunté–, ¿por qué hay un niño en nuestro pasillo?
- Es el hijo de mi criada –respondió, como si eso lo aclarara todo.
- Sí. Pero ¿por qué está aquí? No considero que este lugar sea adecuado para un niño pequeño.
- No podría estar más de acuerdo –coincidió la señora Hudson –, pero el propio Sr. Holmes lo pidió. La risa y la inocencia de los niños pequeños son, de hecho, un bálsamo para el alma. Le hará bien distraerse así, en lugar de con esa obsesión con el maldito silbido y con cosas por el estilo.

No creía que Holmes se hubiera interesado de pronto por la inocencia y la infancia. Entre los muchos efectos del cáncer no se incluía una transformación de la noche a la mañana de su naturaleza misantrópica. Después de todo, Holmes seguía siendo Holmes. Sin embargo, cada uno encuentra su propio camino, pensé, y puede incluso que fuera un método inédito, hallado tras una extensa investigación. Con todo esto en mente, me cercioré del bienestar del niño, y subí las escaleras para recoger a Holmes.

En su habitación le oí murmurar para sí mismo. Entré, complacido de encontrarlo arreglado y listo para nuestro viaje.

- ¿Cómo está hoy, amigo mío?

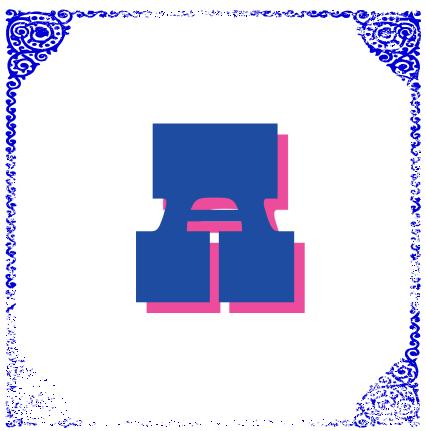
Masculló algo referente a un ataque. No sabía si se refería al cáncer o a su tratamiento, pero lo dirigí con suavidad hacia la salida, pasamos por delante del niño, y le invité a subir al carro que nos esperaba.

No detallaré nuestro viaje al hospital aquí. Basta decir que Holmes se hizo impopular entre el personal sanitario, y que los corrigió cada vez que tuvo una

oportunidad. Sin embargo, me complació su progreso y al final lo llevé a casa. Nuestro regreso a Baker Street transcurrió sin problemas. Dejé a Holmes en el sofá e insistí en que descansara. Estuvo inusualmente complaciente, cansado de nuestro trayecto y de su tratamiento. Mientras se dormía, una hora más o menos después, dijo algo en voz baja. Fue un susurro tan leve susurro que tuve que inclinarme para captar sus palabras.

- Ahora escucho lo que usted escucha, Watson –murmuró.
- ¿Lo que yo escucho? – pregunté, desconcertado.
- Nada –respondió Holmes–. El silbido se ha ido.

Y se sumió en un sueño profundo. Vi sus palabras como una señal prometedora de que había aceptado su diagnóstico, y podíamos dejar atrás ‘El Caso del Silbido Imaginario’, para centrarnos en su cuidado. Me retiré a mi habitación, revisé mis notas y dormí un poco.



la mañana siguiente ambos nos levantamos más tarde de lo habitual. Bajamos las escaleras y nos encontramos a la señora Hudson con la limpieza de primavera. Nos dio los buenos días, pero en respuesta Sherlock gritó:

- ¡Señora Hudson! ¿rechazó al inspector Lestrade esta mañana?
- Sí, no debería molestarlo mientras no está bien.
- Es esencial que hable con él sobre lo que escuché.

Mi tranquilidad de la noche anterior desapareció y decidí que era momento de enfrentarnos a su delirio.

- Mi querido Holmes, sé que su diagnóstico de cáncer debió de ser un gran shock... –comencé, en el tono más suave del que fui capaz.

Holmes me interrumpió con voz gélida.

- Este crimen no es algo que me esté imaginando. Y mañana por la noche, lamento decirlo, lo comprobará con sus propios ojos.

Tras ello, bajó las escaleras con una energía desafiante que no había mostrado desde su diagnóstico. La señora Hudson y yo nos miramos, impotentes; sonó el timbre. Abrí la puerta de golpe, con la esperanza de que Holmes hubiera entrado en razón y regresado y me sorprendí al ver a un fornido campesino, con un paquete casi tan grande como él.

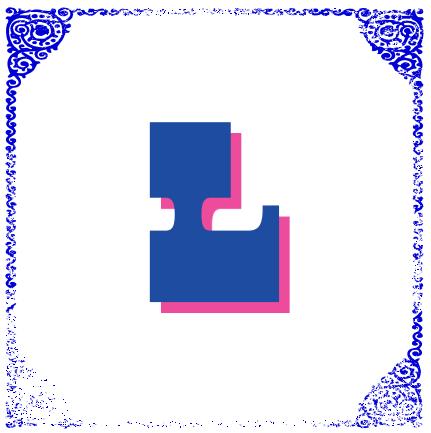
- ¿Está aquí el Sr. Holmes? –preguntó con cautela, con un fuerte acento del oeste del país.
- Se te escapó por poco –le dije al muchacho y acepté entregarle el paquete; lo cogí con no poca curiosidad sobre lo que podría haber dentro. Parecía una gran paca de paja, y así se lo comenté a la señora Hudson, con la esperanza de que tuviera alguna idea sobre su uso. No la tenía.
- ¿Cree que su estado lo ha llevado a comportarse de manera incluso más extraña de lo normal, doctor? –preguntó con labios temblorosos, mientras yo luchaba por meter el gran paquete en la casa.

Lestrade me dijo más tarde que se había hecho la misma pregunta. Cuando la señora Hudson lo ahuyentó de Baker Street, se le había escapado el tema del diagnóstico de cáncer. La prima de Lestrade, a quien quería muchísimo,

estaba en tratamiento, por lo que sabía la presión a la que esta enfermedad sometía a una persona.

Reflexionaba si era correcto trabajar con Holmes bajo esas circunstancias cuando el propio Holmes entró en su oficina. Lestrade tartamudeó, sin saber qué decir, cuando Holmes le interrumpió.

— Ahórrese discursos, Lestrade. Aprecio su preocupación y buenos deseos. Sin embargo, estamos aquí para discutir otros asuntos. Asuntos basados en mis poderes de deducción, tan agudos como siempre. De hecho, que mi mente se enfoque en el trabajo me hace bien, a pesar del desconcertante impacto de mi enfermedad. Así que, le sugiero, ponga a un lado sus preocupaciones y hábleme como siempre lo ha hecho. Si lo logra, le espera un arresto espectacular.



estrade accedió de mala gana, pero con la condición de que Holmes hablara con su querida prima Ingrid. Se sorprendió gratamente cuando Holmes accedió, admitiendo que creía que podría beneficiarse de una conversación con alguien que vivía con la misma enfermedad.

Una vez acordaron esto, Lestrade le prometió a Holmes que se pasaría por Baker Street la noche siguiente, con su coche de caballos y varios oficiales escondidos en las calles cercanas.

Lestrade tocó el timbre de Baker Street la siguiente noche a la hora exacta convenida.

– No hay nada más motivador para la puntualidad que la curiosidad, Watson – comentó Holmes cuando le hizo pasar.

Mientras esperábamos la llegada de Lestrade, Holmes había abierto el paquete del campesino, que contenía un espantapájaros de tamaño natural. Luego vistió al hombre de paja con su propia ropa. Lo único bueno de mi profunda confusión era que Holmes se estaba divirtiendo, un alivio muy necesario dadas las circunstancias.

Debió de ser una visión extraña para el inspector encontrarnos a mí, a Holmes y a un espantapájaros completamente vestido, sentados en torno a la mesa.

– ¿De qué se trata todo esto, Holmes? – preguntó Lestrade, impaciente, mientras turnaba su mirada entre el espantapájaros, Holmes y yo –. Sé que le gusta jugar a sus jueguecitos, pero tengo a mis mejores hombres escondidos ahí, bajo el frío de la noche.

– Todo lo que sé es que esta noche, en algún momento, se producirá un tumulto ahí fuera – respondió Holmes –, un tumulto que no podrán pasar por alto. Así que esperaremos hasta entonces.

Y ninguno de nosotros pudo sacarle ni una sola palabra más. Pasaron las horas. Estaba a punto de insistir en que Holmes durmiera un poco, tanto como su médico como amigo que lo veía exhausto cuando escuchamos un grito agudo que pedía ayuda.

Lestrade y yo corrimos hacia la entrada, pero Holmes nos detuvo. Abrió de golpe la puerta principal y lanzó al espantapájaros escaleras abajo. El grito se detuvo abruptamente, y una jauría de perros se lanzó sobre el espantapájaro.

ros, al que desgarraron en pedazos. Horrorizados, retrocedimos. Holmes indicó que guardáramos silencio.

De repente, los perros se detuvieron y se alejaron de nuestro amigo espatapájaros, ahora destrozado. Escuchamos unos pasos pesados mientras un hombre se acercaba para inspeccionar el ‘cuerpo’.

– ¡Ahora, Lestrade! –gritó Holmes.

Lestrade saltó hacia adelante con su revólver y atrapó al hombre. Lo arrastró hacia la luz del porche. No pude creer lo que veían mis ojos.

– ¡Stapleton! –exclamé.

Pensaba que el incidente de Baskerville sería lo último que sabría de ese villano, que había pintado un feroz sabueso con fósforo para aterrorizar y asesinar a la familia Baskerville y heredar así su patrimonio.

Me volví hacia Holmes, convencido de que compartiría mi sorpresa y mi horror. Pero él permanecía en calma, y le sostenía la mirada a Stapleton.

Stapleton parecía medio enloquecido, y contemplaba a Holmes con un profundo odio. No musitó una sola palabra, mientras el equipo de Lestrade irrumpía y completaba el arresto. Lestrade se detuvo para agradecer a Holmes una detención tan sensacional y de tanto alcance.

Cuando se llevaron a Stapleton, Holmes pareció agotado de repente, sin energía. Loforcé a recostarse en su sofá, y le pedí a gritos a la señora Hudson un té caliente. Molesto, me apartó, y me aseguró que estaba perfectamente bien. Sin embargo, a pesar de sus afirmaciones y mis preguntas sin respuesta, decidí que había sido suficiente emoción por una noche y esperé hasta la mañana para interrogar a Holmes más a fondo.

Pasé gran parte de la noche en un intento por reconstruir la historia y, a la mañana siguiente, me senté en mi escritorio, mientras esperaba a Holmes con cierta ansia. Se sentó frente a mí lúgicamente y, para mi alivio, fue directo a la historia.

– Es una suerte que la mayor parte de mi excelente trabajo pueda llevarse a cabo sentado –declaró Holmes, con su habitual falta de modestia – ya lo cierto es que me he encontrado bastante mal. De hecho, fue mientras estaba recostado, indispuesto, cuando escuché por primera vez aquel tenue silbido. Mis oídos están acostumbrados a los leves matices del violín, y con la quietud impuesta por mi enfermedad, pasé mucho tiempo en silencio. Muy pronto

sospeché que se trataba de algún tipo de ruido extremadamente agudo. Que otros fracasaran en oírlo solo confirmó mis sospechas. A medida que envejecemos, perdemos los tonos agudos en nuestra audición, y pocos tienen la dedicación que yo poseo para retener lo que podemos. Así que me hice con un niño para probar mi teoría y esto me confirmó lo que había deducido: el silbido era en realidad un silbato para perros. El niño lo escuchaba con mayor claridad que yo, así que me ayudó a establecer un patrón y a anotar cada silbido que escuchaba.

- Pero ¿por qué sonaba como un silbido?
- Así percibe el oído humano el silbato para perros. Ya le he sugerido en alguna otra ocasión – continuó con severidad – que lea mis Estudios de Sonido en Investigaciones Criminales. Si mi enfermedad no me hubiera distraído lo habría identificado inmediatamente.
- Lo leeré esta misma noche – prometí. Él me brindó una sonrisa irónica, en la certeza de que sus densas obras son difíciles incluso para el erudito más meticuloso.
- Ya tenía un patrón – continuó – pero ese patrón carecía de sentido. La frecuencia, las horas, me sugirieron múltiples perros. Y la proximidad... eso me causaba alarma. ¿Por qué alguien entrenaría una jauría en un área residencial? Eso, sumado a una repentina oleada de ataques de perros en las proximidades, me aseguró que algo siniestro nos aguardaba. Consulté mi lista de enemigos – se tocó la sien con un dedo – consideré el modus operandi de criminales conocidos, y... bueno, no fue muy complicado llegar a Stapleton.
- ¡Pero él se ahogó en el pantano! – exclamé –. Lo vimos con nuestros propios ojos.
- ¿Está seguro, Watson? Nunca vimos el cuerpo. Siempre lo archivé como ‘presuntamente muerto’ en mi mente. Es fundamental que verifiquemos la información antes de darla por válida – me amonestó.

Pensé en el paragüero, y muchas de sus otras suposiciones arriesgadas, tan precisas, que solían ser ciertas, pero no dije nada.

- Cuando el silbido se detuvo – continuó – supe que era el momento. Pedí una distracción, nuestro amigo el espantapájaros, a ese campesino al que ayudé en el asunto de los cubos de leche perdidos. Lo vestí con mi propia ropa y aguardé. Sin duda, ese chaleco mío que faltaba había sido utilizado para que los perros reconocieran mi olor personal. Lo demás, ya lo sabe.

Lo asimilé todo con admiración.

- Me alegra que ese criminal sea juzgado de una vez por todas –dijo, mientras me recostaba, reconfortado. – Ahora debería comer algo, querido Holmes, si puede. Necesita energía
- He de salir–dijo mi viejo amigo.

Comencé una protesta acerca de que debía tomarse las cosas con calma y cuidarse.

- Oh, Watson, no tema. Anoche lidiamos con un enemigo común, ahora es el momento de que me enfrente a otro -vio que estaba a punto de negarme a que tomara otro caso tan pronto y aclaró-. Voy a reunirme con la prima de Lestrade para intercambiar nuestras experiencias con el cáncer y todo lo que conlleva esta enfermedad. De hecho, creo que será un tiempo bien empleado.
- No podría estar más de acuerdo, Holmes –comencé, satisfecho de que se encontrara con alguien que supiera mejor que yo qué decir, más allá del consejo médico.
- Esto no significa –continuó Holmes, en un tono severo– que tenga permitido ocultarme cualquier caso nuevo o entrometerse en mi trabajo. Sigo siendo Sherlock Holmes, y si lo hace lo descubriré. Además, si desea continuar con la documentación de mi trabajo, aunque sea de manera bastante sensacionalista, le pido que se atenga a los hechos del caso en cuestión y deje aparte mi enfermedad. ¿Estamos de acuerdo?
- De acuerdo–le aseguré.
- De hecho –continuó– hay un caso en Dean Valley que ha despertado mi interés. Si el tratamiento lo permite, sugiero que echemos un vistazo.
- Me encargaré de los trámites –acordé, con gusto.

Aunque me preocupaba que la tensión de resolver cada crimen pudiera perjudicarle, no era yo quien debía decidir eso. En efecto, mi querido amigo Holmes seguía siendo el mismo. Con la misma inteligencia, la tenacidad y una habilidad única para encontrar a los culpables. Y estaba convencido de que el futuro aún nos reservaba infinidad de aventuras.

